Año IX — Barcelona 6 de Marzo de 1912 — Epoca 4.ª—Número 99

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

La huelga de mineros en Inglaterra

Con unanimidad completa, sociólogos, filósofos y pensadores, al despedir al siglo XIX y saludar al siglo XX pronosticaron que este sería el siglo del obrero. En la misma opinión abundábamos nosotros que, viviendo la vida nuestra, la vida obrera, nos dábamos cuenta del movimiento emancipador que existía por todas partes. Para consolidar más nuestra opinión, la huelga general realizada en Barcelona como sentimiento de solidaridad á los metalúrgicos en lucha, demostró el formidable poder del proletariado, que á su sola voluntad podía paralizar la vida de los pueblos.

Aquel acto, desgraciadamente, sólo sirvió de enseñanza á la burguesía y al Estado quedándose cuenta de su falsa posición apeló á todos los medios para afianzarse y dividir á la clase obrera, fundando Institutos de Reformas Sociales, Tribunales Industriales y demás centros burocráticos, con los que se halagaba y sobornaba á los trabajadores ineptos y ambiciosos que á título de emancipadores de la clase sólo procuraban su emancipación personal, vendiendo á ministros y burgueses su pretendida influencia.

Torpes, como siempre, creyeron que comprando á los traidores, su poder se perpetuaba, y trataron de inutilizar al elemento sincero y revolucionario sometiendole á los pactos del hambre y á las torturas. El resultado, de momento, no pudo ser más halagador para ellos. Las traiciones y las represiones sembraron la confusión y pareció que la inalterable ley del progreso hacía un alto en su marcha.

La burguesía sufrió una terrible equivocación; lo que ella creyó una división que nos inutilizaba, fué una selección que nos fortificaba, y el elemento obrero que nunca falsificó la frase marxista y que sigue creyendo que su emancipación ha de ser obra de su propio esfuerzo, rectificó su táctica de lucha y adoptó la acción directa sobre la cual se orientó el moderno sindicalismo, y libres ya del lastre del adormiderismo, que se hizo burgués y autoritario, se convirtió en netamente revolucionario y como tal se manifestó en España en 1909 con ocasión de la guerra de Marruecos; en América con motivo de las ridículas fiestas del centenario; en París, Madrid, Berlín, Holanda, Barcelona, Bélgica etc., estando en agosto de 1911 la guerra internacional, y poco después con la huelga de ferroviarios y trabajadores de transporte en Inglaterra, en la que despreciando á sus titulados directores dan el hermoso ejemplo de una huelga por ellos y para ellos que fué el asombro del mundo entero por haberse revelado, contra lo que todos creían, como obreros conscientes de su fuerza y de su valor social.

***

Nos hemos extendido más de lo que pensábamos en consideraciones y vamos al objeto de este artículo.

La huelga general de mineros en Inglaterra trae preocupados á todos los gobiernos y á la burguesía de todas partes. No conciben que á pesar de todas las infamias por ellos puestas en práctica el espíritu de rebeldía haya arraigado hasta en los obreros de los países que hasta hace poco tiempo eran considerados como modelo de corrección y que á los de otras regiones se nos presentaban como trabajadores verdaderamente prácticos. Esto ha sido otro error burgués. Es ahora cuando amenazan—dispuestos á dar—cuando son prácticos en realidad.

Constantemente engañados por sus *leaders* quieren asegurar el jornal mínimo y otras ventajas que creen necesarias *de momento*, y que les han de servir de base, para dar la batalla decisiva. Y están tan convencidos de su derecho y de su fuerza, que á pesar de la intervención del gobierno inglés y de las concesiones que les hacen las empresas explotadoras, no transigen y están dispuestos á que si no se les concede cuanto exigen, conquistarlo con la dignidad propia de los hombres que saben que son los únicos que tienen derecho, por su calidad de productores, al goce de todas las comodidades.

Y de éste su propósito están ya dando pruebas, pues según las últimas noticias de la prensa burguesa, la huelga ha comenzado y los obreros no confían el triunfo á las cajas de resistencia, ni á las gestiones del Gobierno, y, por otra parte, tampoco están dispuestos á dejarse atropellar por la fuerza pública, como puede verse por el siguiente telegrama:

«Londres.—Hoy excede de un millón el número de obreros parados.

La Federación de obreros de transporte, ha acordado seguir trabajando hasta que los mineros les inviten á la huelga.

El número de mineros que han abandonado el trabajo, asciende á 1.063,000 quedando en las minas para los trabajos de desagüe y ventilación 4,213.

Las provisiones de carbón industrial son escasas.

Sólo el Almirantazgo ha sido previsor y dispone de carbón para varios meses.

En Cardigau,—País de Gales—los huelguistas han atacado á un batallón de infantería que defendía varias casas asaltadas por los huelguistas.

El Comité ejecutivo de la Federación de mineros se ha dirigido á los amotinados pidiéndoles que tengan calma y que no comprometan la causa.

En las líneas férreas se ha reducido el número de trenes.

También se ha efectuado reducción del número de buques en las líneas de navegación.

El precio del carbón ha aumentado de 28 á 40 francos por tonelada.

En Escocia huelgan 100,000 obreros á consecuencia de la extinción de los Altos Hornos.

Si en la conferencia que celebrará el Gobierno con los patronos mineros el lunes, éstos no se avienen á aceptar las condiciones de los huelguistas, Mr. Asquith está dispuesto—como anunció—á imponer el salario mínimo por medio de un proyecto de ley que presentará á la Cámara de los Comunes.

Se atribuye al primer lord del Almirantazgo Mr. Churchill el proyecto de adquirir minas en cantidad suficiente para que la flota inglesa no pueda correr el riesgo de no disponer de carbón.

Esta medida anunciase como preludio de la nacionalización de las minas, de la que son partidarios muchos diputados liberales».

No dudamos que cuando este número llegue á nuestros lectores, la huelga, ó habrá terminado con el triunfo completo de los mineros, ó estará en su mayor desarrollo á pesar del Comité directivo de la Federación, que se verá desautorizado por la actuación de los componentes de la misma.

El espíritu de solidaridad obrera ya está dando sus frutos. Los mineros ingleses no tendrán que temer el apoyo que la burguesía internacional pueda prestarse, pues el carbón que pretenden introducir será rechazado por los trabajadores de la Federación de transportes que ya han acordado negarse á descargarlo; pero lo más importante es el acuerdo tomado por la Asociación de ferrocarriles, que han solicitado de las empresas la orden de rechazar el transporte de tropas durante la huelga

Estamos, pues, frente á una lucha obrera de gran importancia y cuyo triunfo, que damos por seguro, ha de servir de enseñanza á los trabajadores de Europa y América, y que ha sugerido las siguientes consideraciones, que con gusto transcribimos, á periódico tan burgués como *El País:*

«Ha sorprendido la grande, la colosal huelga, á los anglomanos del continente, porque destruye las falsas ideas que tienen casi todos los sociólogos procedentes de la vieja Economía Política de Inglaterra. Para ellos en Inglaterra no podía fructificar el socialismo, y ha fructificado; no era dable la violencia, y se ha dado. Es cosa de verlos despistados, con la boca abierta, atontados, presagiando desdichas y viendo algo de sobrenatural en lo que es naturalismo.

La huelga, aunque no llegara á desarrollarse, es importantísima ¡No ha de serlo! Herirá al capitalismo universal, paralizando el tráfico y la industria, y planteará seriamente el gran problema de la reversión á la Humanidad de lo que legalmente le ha sido robado: la tierra.

Aquí está la gran cuestión. El suelo y el subsuelo, la tierra laborable y la mina son de los que la trabajan, mientras no sea de todos. Sus propietarios, individuales ó colectivos (Empresas. Compañías, etc., etc.), no son más que usufructuarios legales, muy legales, pero injustos, muy injustos.

El minero siempre tiene razón, en el fondo, para pedir, para exigir, para rebelarse, para proclamar la huelga; la tiene, aunque carezca de ella aparentemente, porque es contra naturaleza la posesión de las minas por los que las poseen, por la canalla capitalista que empuja al bandidaje de Marruecos.

¡Con qué gozo vemos temblar de miedo al capitalismo que detenta la tierra, que defrauda á la Humanidad, que es, éticamente, el único verdadero ladrón! Tiemble. El triunfo inevitable, fatal, por buenas ó por malas, de los trabajadores de las minas de carbón de las Islas británicas, repercutirá en el continente. Pronto será una realidad el salario mínimo, no sólo en las minas de carbón, sino en todas las minas. Vomiten los accionistas algo de sus ganancias mientras llega la hora de soltar su presa, la tierra, la laborable y las minas, el suelo y el subsuelo, que usurpan legalmente, pero injustamente.

Esta gigantesca huelga no es ni siquiera la sinfonía de la revolución social; es que la orquesta empieza á templar y á afinar sus instrumentos. No estamos ni en el prólogo. Los políticos de vista cansada ven muy abultado lo presente y muy borroso lo venidero, más cercano de lo que presumen. Les ocurre ahora algo de lo que les aconteció cuando empezó á practicarse en 1890 la Fiesta del Trabajo. Creían que á los tres ó cuatro primeros de mayo se deshacía la actual organización social.

Todavía no; pero se va de prisa. La actual sociedad, la presumida civilización, valen muy poco. Aun en los países mejores, como Inglaterra, las leyes son tan malas, que el Estado, sujeto por Códigos obra del capitalismo, es incapaz de imponer el salario mínimo en las minas de carbón del Reino Unido.

Y nada más razonable que el obrero tenga como mínimum lo que necesita para sus necesidades más ineludibles, más animales. Se logrará por la fuerza, si no acierta el Gobierno radical inglés á concederlo.

¡Cuán admirables y envidiables estas luchas de Inglaterra! ¡Cómo palidecen las campañas de Marruecos y Trípoli y el Tratado franco-alemán ante la resolución de los mineros!

Se acercan los grandes días de la revolución social. ¿Qué otra señal que el ver á los trabajadores de las minas de carbón, los más desgraciados proletarios, imponiéndose á todos los Estados, como si éstos carecieran de Ejércitos, de escuadras, de jueces y de Códigos? Se imponen.

Los mineros son ya más fuertes que la escuadra británica, que el Ejército alemán, que los emperadores, que los reyes y que las Iglesias.

No nos inspira miedo; gozo nos causa esto que no es un cataclismo, sino una alborada».

***

Nosotros hemos de decir, que no sólo será pronto una realidad el salario mínimo, sinó que lo será la emancipación integral del proletariado. Para ello posee aquello de que hasta ahora carecía: de la orientación netamente revolucionaria. Y una vez poseído de su fuerza ¿quién será capaz de oponerse á su avance?

En América, en Inglaterra, en Méjico, en Portugal, en España, en el Brasil etc., etc., está dando pruebas de su potencia avasalladora, mientras la burguesía tiene que apelar, para defender sus intereses, á una fuerza que no es suya y en la que cada vez tiene menos confianza. La situación se despeja. El proletariado está en marcha.

Momento decisivo

No una declaración escrita en un programa de partido, consignada como un triunfo en una constitución nacional y quedando letra muerta en la práctica, como ha resultado hasta hoy toda revolución política, incluso la gran revolución francesa, sino un hecho realizado tras el ejercicio de millones de inteligencias y de voluntades representa el movimiento del proletariado inglés proclamando su derecho á la vida.

Movimiento como el actual es único en la historia.

Tal vez pueda hallarse analogía entre la situación del patriciado romano, asustado ante la rebelión de los setenta mil esclavos capitaneados por Espartaco, y la de la burguesía inglesa y puede decirse europea ante la huelga de los mineros; pero analogía incompleta, superficial, porque los esclavos romanos obraron sin conocimiento previo, sin voluntad propia, sugestionados por la influencia de Espartaco, y depusieron su rebeldía, se abandonaron á la inacción y se sometieron á la esclavitud cuando la muerte les privó del jefe, del único hombre entre aquellos setenta mil que ejercitaba las facultades de pensar y querer para alcanzar la libertad; en tanto que los mineros ingleses desobedecen á sus jefes, desoyen á sus representantes, rebasan sus organizaciones, se anticipan á la fecha convenida, imponen la huelga y antes del 1.° de marzo miles de mineros han abandonado la lobreguez de la mina, ansiosos de disfrutar de la aurora del gran día en que se han de imponer á la soberbia capitalista.

En Roma hubo un cerebro para setenta mil hombres; en Inglaterra hay millones de hombres que, si no aspiran á su libertad en el amplio sentido de la palabra, quieren poner trabas al poder ilimitado de sus tiranos, y como quieren, porque sienten y piensan, obran por sí, impulsados por el vigor que les infunde esa gran fuerza colectiva de que cada uno se siente parte.

Entre la confusión de noticias tendenciosas de las agencias telegráficas y de los periódicos, reseñando las conferencias, las precauciones gubernamentales, las declaraciones, los acuerdos, las opiniones de los personajes competentes, las estadísticas y cuanto constituye el material que sirve de embutido circunstancial de la prensa burguesa en estos días de ansiedad espectante, destacan la actitud de los protagonistas, de los mineros, que, conscientes de su derecho y de su fuerza, empiezan, solamente empiezan á refrenar la avaricia de los accionistas oponiendo el jornal mínimo á la incondicional usurpación llamada derecho de acesión.

¿Quién sabe adónde llegará el impulso dado?

Porque á los mineros muestran fraternal simpatía los obreros de toda la industria inglesa, que se verán paralizados por falta de combustible para sus motores y manifiestan propósitos de reformar y bonificar sus tarifas de mano de obra, y los obreros del transporte terrestre y marítimo, y el proletariado en general, que sin carbón inglés ha de parar también y puede aprovechar la huelga forzosa estudiando la lección que le da el proletariado inglés y determinándose á obrar en consecuencia.

Y esos millones de desheredados de la riqueza social, de la que son principales fomentadores, que ven que pasa íntegra á la posesión y al goce de usurpadores y herederos privilegiados, no es probable, después de ese gran movimiento,—triunfante ó fracasado de primer intento, no puede precisarse en el momento en que esto se escribe,—que se conformen con el jornal mínimo, ni con el jornal más favorecido posible.

En ese movimiento se plantea—¡ya era hora!—la supresión del jornal, no el jornal mínimo ni el máximo, y con esa abolición se entra de lleno en el camino fecundo de la expropiación forzosa por causa de utilidad pública.

Los privilegiados que hablan de la nacionalización de las minas quieren sin duda dar satisfacción á los mineros, pensando que se la merecen porque representan una fuerza y no porque tengan un derecho; pero esa fuerza es algo más que minera: es ferroviaria, marítima, industrial, agrícola; es inglesa, internacional, proletaria, y esa nacionalización ofrecida á los mineros como justificación, si no alcanza á cuantos productores de todo género se solidarizan en la producción y en la defensa del derecho de los mineros, ni será aceptada por éstos ni dará más horas de reposo á los explotadores accionistas ni á sus compadres los gobernantes.

El proletariado sabe hoy que «el jornal no abona los gastos hechos por un tercero para la producción, recolección y conservación de los frutos,» como preceptúan los códigos civiles de las naciones modernas, para justificar el derecho de acesión; porque ese gasto no puede medirse por la oferta y la demanda, única relación posible entre explotadores defendidos por el Estado y explotados oprimidos por ese mismo Estado, sino por lo que representa la ignorancia sistemática de la masa popular, la atrofia de todas las facultades intelectuales que la caracteriza y la mortalidad horrorosa que marca su reducido término medio de existencia.

El proletariado quiere, pues, cobrar *ese gasto*, no por la tarifa burguesa, sino con arreglo á la gran tarifa de la igualdad, y si hoy pone su fuerza al servicio del jornal mínimo, de las ocho horas, del reconocimiento de su personalidad colectiva ó de otras demandas análogas, no es á título de empeño definitivo, sino de primer impulso y con fines posteriores cuya finalidad sólo puede terminar en las sublimidades del ideal.

Sépanlo las clases directoras, los obreros indiferentes, los políticos que obran como intrusos en sociología, los socialistas del fiambre doctrinario, los revolucionarios de la violencia impaciente, los filántropos místicos ó laicos, los pesimistas y los optimistas de todo género; lo que no ha podido hacer una religión, una filosofía, un partido lo hace esa mancomunidad de egoismos, producto del actual régimen propietario capitalista, que ha reducido al mayor número á la miseria negra y á un número relativamente corto de usufructuarios del patrimonio universal; lo hace hoy el proletariado presentando una especie de ultimátum que puede producir el final de un sistema, el borrón y cuenta nueva que pueda inaugurar una nueva vida de orientación racional y progresiva.

ANSELMO LORENZO

«El Porvenir del Obrero»

Los compañeros de Mahón nos anuncian el propósito de recurrir nuevamente á la Prensa haciendo reaparecer *El Porvenir del Obrero*, que dejó glorioso recuerdo de su anterior existencia.

Con alegría recibimos la noticia y la transmitimos á nuestros compañeros y lectores.

Había de suceder: el ideal emancipador tiene en Mahón un núcleo fuerte y poderoso de convencidos, con energía excedente de las necesidades locales de conservación y propaganda, y dan el resto á la exportación.

Buena falta hace en la Península, castigada por la persecución autoritaria y la desviación político-reformista, el trabajo educativo y de buena orientación que saben hacer aquellos compañeros, como lo acreditaron con su anterior campaña periodística.

¡Animo y adelante que, á pesar del actual predominio del burgués, el porvenir es del obrero!

BAJO LA III REPÚBLICA FRANCESA

Los crímenes del militarismo

II

Con mayor ó menor intensidad, según las circunstancias, proseguía en Francia la campaña de agitación creada por el asesinato de Aernoult y sus ulteriores derivaciones, cuando el 4 de septiembre de 1911, una extraordinaria noticia apareció en los periódicos: Emilio Rousset, el disciplinario que tuvo el gesto heroico de denunciar á los verdugos del pobre «terrassier», había herido mortalmente el 27 de agosto, á un compañero suyo llamado Brancoli, quien falleció á los tres días siguientes.

Para cuantos seguían atentamente á Rousset desde 1909, esto fué una cruel sorpresa, mucho más, porque se abrigaban bastantes esperanzas de que antes de pocos meses, á pesar de su condena, sería puesto en libertad. Luego, el hecho que se le imputaba hacía también que se aminorase á los ojos de todos la figura simpática que había adquirido este hombre en su lucha sorda contra los galoneados de la Argelia.

EMILIO ROUSSET

Mas, pronto, extraños rumores comenzaron á circular á propósito de este asunto. Se decía que Rousset negaba firmemente su intervención en el homicidio, y que culpaba de él, ya obligado á defender su inocencia, á otro disciplinario.

Esto produjo una nueva sorpresa y un vivo deseo de que se hiciese completa luz en tan interesante suceso. Los amigos de Rousset se dieron á sospechar si éste no sería víctima de alguna maquinación de los que querrían reivindicar al ejército, tan duramente quebrantado por el acto del vengador de Aernoult.

Se aguardó, pues, con ansiedad la celebración del Consejo de guerra correspondiente, señalado para el día 8 de diciembre de aquel mismo año, á fin de saber entonces quién era el verdadero culplable de la muerte de Brancoli. La decepción que se recibió fué enorme: Rousset era condenado á veinte años de trabajos forzados, á otros veinte de destierro y á la degradación militar, como autor de un homicidio involuntario.

No obstante, el conocimiento exacto de las sesiones del Consejo trajo una gran duda al ánimo de todos; después, conocidas que fueron también las piezas del sumario instruído con motivo del proceso, la duda aumentó en grado mayor; se adquiría casi la convicción de la inocencia de Rousset. Y, naturalmente, las cosas no podían quedar así.

Pero, antes, para llevar con orden nuestro trabajo, procuraremos dar á los lectores un breve resumen de todo cuanto se sabe sobre los hechos que dieron origen á la condena de Rousset. Helos á continuación:

El 27 de agosto, hacia las nueve y media de la noche, en un pasillo oscuro del cuartel Camón, en Médéa, el cazador Agustín Brancoli era herido en el abdómen con un cuchillo. El cabo Despaux que acude en auxilio de Brancoli, al escuchar los gritos que daba éste, así que supo los nombres de los cazadores que estaban con el herido en el momento de la agresión: Sauval, Burtein, Bordessoulle y Rousset, da órdenes para que los cuatro sean encerrados en una celda, á la vez que transporta á Brancoli al hospital militar de la localidad, donde falleció á los tres días siguientes, la tarde del 31.

La noche misma del hecho, el comandante de la división central, capitán Giacomoni, quedaba ya enterado de todo lo ocurrido; y al día siguiente, por la mañana, llamando á su despacho al teniente Pan Lacroix, encargaba á éste de proceder con suma rapidez á la instrucción de las diligencias necesarias al efecto, según dispone el Código de Justicia Militar. En cumplimiento de tal designación, el teniente Pan Lacroix se dirigió al momento á tomar declaración al herido. De las palabras de éste se puede colegir que él no sabe quien fué su agresor; lo que sí afirma, y esto como contestación á las insistencias tendenciosas de Pan Lacroix, es que el culpable no ha sido Rousset, afirmación que sostiene hasta la hora de su muerte.

El mismo día 28, poco después de prestar Brancoli su primera declaración, es también interrogado Rousset. Su explicación del hecho, que luego repitió en el Consejo de guerra, es como sigue:

«Cuando al toque de llamada de la noche del 27, yo estaba acostado; pero, entrándome deseos de orinar, hube de vestirme ligeramente para bajar al patio. Al subir de nuevo al salón para acostarme, encontré en uno de los pasillos de las escaleras á Brancoli, junto con Bordessoulle, Sauval y Bintein. Brancoli estaba muy excitado, y con un cuchillo en la mano profería insultos contra los marselleses y parisienses, al mismo tiempo que decía que iba á saltar el muro. Yo, entonces, en vista de su estado, le cogí por el brazo para que subiese conmigo á dormir Fué en este momento cuando le oigo gritar: «Estoy herido», pudiendo yo